

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

CUENTO DEL SÁBADO

LA TRILLA

Allí está la era; por medio de la vida verde y multida se llega á ella por angosta vereda, en cuyos bordes los cardos de penetrantes pinchos crecen lozanos; abierta al Occidente, y cerrada al Oriente por la línea de colinas que terminan un poco más allá, dejando ver el mar, en cuya azul y plana superficie vese, como pañuelo que se agitera saludando á la tierra, la vela triangular de algún falucho costero. Por detrás, y allá á lo lejos, aparece la masa informe del rasalántico que se marcha dejando una espesa espiral de humo gris, y por aquel puentecillo es por donde penetra el viento que ha de hacer levantarse la paja de los vieiros al tiempo que el grano cae limpio y brillante, formando geométrica pila. La tarde descendiende, el sol se va hundiendo poco á poco tras los llanos, y ya los mozos, encargados de echar la parva, comienzan á moverse y á quitar los atados para dejar que la gavilla se desparame sobre las piedras pizarrosas de la era; por el camino que de la finca viene se ve á Antonio Chaves con la escopeta al hombro, pausado y pensativo, y ya en los cortijos próximos las mozas se visten las simonadas enaguas, preparándose para ir en el trillo, sujetas á la cintura de algún Hércules de los campos, de algún trillador experto.

Antonio Chaves, el Cortijero, llega á la era; saluda á los demás con un ronquido profundo, y tirando la escopeta sobre las gavillas, se sienta en el balate cercano, saca una petaca de cuero color de grosella, y empieza á liar en el indispensable de Layana el cigarrillo de contrabando. Los trabajadores siguen echando gavilla sobre gavilla, desperraman las espigas con los pies y caen algunos grapos, que, al meterse por el entretejido de las mides inferiores, semejan querer perderse bajo su sombra bienhechora; ya las piedras no se ven y la era semeja gigantesca hogaza con las doradas espigas distribuidas, descaudada y artísticamente por su plana superficie. Entonces uno de los mozos quita las trabas á los mulos que pacen en el rastrojo próximo y los llevan á la era tirando de los ramales con diligencia, mientras canturrea las melancólicas notas de las mprecinadas; al llegar allá, los agracia rascándose la frente, á lo que contesta el Gallardo y el Torillo con dos relinchos cortos, como si dijéramos con dos saludos

de confianza; ata al hocado de una corta cadena, que sujeta al del otro, y uniendo los largos cordetes á las enillas del trillo, espera órdenes, volviéndose á su amo.

El Cortijero, como le llaman en el partido por su juvenil edad, anda pensativo; no separa la vista de la hacienda, que, rodeada de altas chumberas y artísticos rosales, se divisa á lo largo por cima de las colinas, y parece que sobre el seto vivo de la cerca se divisa algo conocido, algún recuerdo dulce que le hace temblar de ansia por volverlo á ver y que lo trae inquieto, moviendo y removiendo los pies de gale de la escopeta, y echando cigarro tras cigarros, unos cigarros gruesos que se quemaban desigualmente, dejando un residuo de papel amarillento, que hacía oscilar la brisa leve de la tarde. Contestó al mozo diciéndole que esperara, y le tiró la petaca para que entretuviese el tiempo; lió él otro y púsose á charlar con su amo. Este se levantó de pronto al ver venir lo que esperaba; unos vasidlos claros que descendían al carril y se acercaban á la era, llevando sus dueñas los abanicos á la altura de la frente para resguardar los rostros del sol, que quemaba de veras.

—Allí vienen las señoritas de Madrid—dijo el mozo mirando de reojo á Antonio Chaves.

—Bueno, ¿y qué?

—Pos ná—remató el otro en tono filosófico.

Las señoritas de Madrid se acercaban; habían venido allí con un hermano ético, como decía la gente del campo, tuberculoso como dijeron los médicos, que se moría lentamente sin que de nada le sirvieran el clima adorable y los aires perfumados de aquellos sitios; las chicas se aburrían en aquel lugar, y el hermano las incitaba á que se distrajesen, y no perdían faena campestre, por nimia que fuera, ni fiesta del pueblo, por lugareña que resultara; luego contaban al enfermo lo visto, adornándolo con detalles y observaciones, y era la distracción favorita del pobre condenado á muerte, á la muerte lenta y terrible de la tija.

Al llegar á la era ya estaba de pie el Cortijero; adelantóse bruscamente y alzándose el ancho sombrero preguntó por el señorito Pepe, por su padre y la familia; luego dijo á los mozos que se iba á trillar; suavió el suelo restregando el pie sobre los terrones; echó encima la chaqueta é hizo que se separtan las señoritas. Carmela, más impresionable que la otra, miraba con admiración las faenas de aquel hombre rudo, y en su corazón se despertaba la sospecha de

que quizás aquellas atenciones fuesen para ella, porque sorprendió al Cortijero en diversas ocasiones fijos los ojos en su semblante y con una nube de melancolía suprema en la bronceada y franca fisonomía. La otra, María, que no podía olvidar los salones de la corte, veía tan sólo en Antonio Chaves un criado distinguido, hombre que atendió en el campo, si bien con cierta superioridad; pero que olvidaría al día siguiente de llegar á Madrid, y que no se cuidaría de ayudar si lo distinguiera desde los almohadones de su coche, mirando alotrolado, como buen paleta, el bullicio vertiginoso de las calles de la corte.

—A ver. Tobalo, dá dos vueltas á la parva pa ponerla lisa—mandó con breve voz el Cortijero.

Pisó el mozo la tabla curvada, apoyó los pies sobre las suelas que hay pegadas á la madera, restalló el látigo y empezaron los mulos á correr, describiendo círculos sobre las gavillas y hundiendo los cascos entre las espigas. Tobalo, echado atrás, chasqueaba la tralla, por cima de la cabeza, y á la segunda vuelta entonó con la melodía singular, melancólica; y prolongada de los cantos de trillo, la copia siguiente:

La mujer del alcalde
de Alhaurinejo
pesa cincuenta arrobas
sin el pellejo.

—Cuidadito con las coplas—objetó Antonio Chaves;—á ver si vos escapa alguna barbaría.

Callóse el mozo y siguió dando vueltas; las madrileñas veían aquello con curiosidad mezclada de algo de admiración; Carmela lo sentía, María lo observaba.

Por fin, dijo Chaves que estaba bien; detúvose el otro y pisó el trillo el Cortijero; irguió el busto, restalló con estrépito el látigo y un arria, Torillo, ré, Gallardo, puso los mulos en marcha; el talle del mozo se cimbraba con los saltos del trillo, el sombrero cayendo hacia atrás hizo ver su pelo emarrafado, y un rayo de sol, al chocar en su frente, hizo aparecer como brillantes las gotas de sudor que por ella caían.

Llegaron las mozas campesinas y saludaron á las madrileñas con cierto respeto envidioso; colocáronse al lado de aquellas los mozos sus amigos, y Chaves, parado en seco, detúvose ante Carmela y María.

—¿Quién qué trillar conmigo?—preguntó sin alzar los ojos del suelo. Raborizóse levemente Carmela y vaciló; su hermana dió un salto y púsose al lado del Cortijero; este le indicó que se agarrase bien, y una

vez que la tuvo ceñida, soltó dos latigazos á los mulos y comenzó la carrera.

El sol caía ya; la parva se hacía más dorada; los aviones cruzaban chillando por el cielo, y allá de lo inmenso del mar llegaban los silbidos potentes de un vapor que se acercaba. Carmela pensaba que iba á tocarle su vez, y se estremecía al considerar que tenía que ceñir con su brazo la cintura del campesino, que quizá ansiaba el momento; quisiera ella estar muy lejos, pero cuando acordó el trillo estaba parado delante, y oyó la voz del Cortijero que la invitaba, entre el escándalo y los celos de las mozas del campo. Levantóse y se acercó pálida.

—No hay de que tener miedo, señorita Carmela—dijo Antonio Chaves con voz brusca;—agárrese usted bien á mi cintura y vamos allá; esto no es lo mismo que andar en coche, pero ló es acostumbrarse.

Puso Carmela los pies sobre el trillo; agarróse á la cintura con timidez. —Apriete usted más—dijo el Cortijero, —se vasté á caer sinó.

Rodeó ya el brazo Carmela á la cintura del campesino, y cuando partió la tabla, sintió como un mareo que de su ser se apoderaba; al verse girar en aquella superficie fugaz que volaba sobre las gavillas, al verse abrazada al robusto cuerpo del trillador, un rasgo de pudor asaltó su imaginación, y hubiera querido desligarse y volver á su sitio; pero no pudo: la tabla volaba, por cima de su cabeza crujía el látigo, y sintió ensancharse el pecho que ceñía con su brazo y oyó la voz del Cortijero que cantaba:

Yo tenía un corazón
y se lo dí á una mujer,
que lo tiene hecho girones
de jugar tanto con él

Entonces Carmela sintió una especie de desvanecimiento; el polvillo de la paja la embriagaba; las vueltas vertiginosas del trillo hicieronle perder la cabeza; quiso hablar y no pudo, y aturdida cayó hacia atrás, arrastrando á Antonio Chaves; al comprender que la señorita se caía dió media vuelta y la detuvo en el aire; pero perdió el equilibrio y ambos cayeros abrazados sobre la parva, hundiéndose entre las espigas medio trituradas, color de oro.

Ella levantóse pálida; él, por el contrario, rojo; siguió á trilla; las señoritas de Madrid se fueron porque se hacía tarde, y el Cortijero las acompañó á su hacienda, dejando á sus amigos el cuidado de atender á las demás. Durante el camino no habló una palabra, ni Carmela tampoco; María lo miraba sonriendo y habló

por los tres; al fin y al cabo, la una era el sentimiento, la otra la observación.

Y ahora, muchos años después, cuando Antonio Chaves, viejo y ya con canas, ve como tri lun sus hijos y sus mozos en las tardes doradas de Junio, mientras oye el potente albar de los vapores allá en el mar azul, piensa en las señoritas de Madrid, que no volvió á ver, ni de ellas supo jamás desde la muerte del tísico, y recuerda, estremeciéndose nerviosamente, aquella tarde y aquel abrazo, digno de ser cantado por Virgilio.

Juan Guillén y Sotelo.

DE SOCIEDAD

Ha salido para la Corte el ex senador D. Justo Aznar y Butigieg.

En el tren correo de ayer regresó de Madrid nuestro querido amigo el ex-alcalde de esta ciudad D. José Antonio Sánchez Arias. Bien venido

También ha regresado de París y Madrid el Director Gerente de la compañía de Eusanche y Saneamiento, nuestro amigo D. Diego Cánovas.

Ha regresado de Cádiz nuestro querido amigo el teniente de Infantería de Marina, D. Joaquín Carlos Roca.

Para atender á su curación se le ha concedido un mes de licencia á nuestro querido amigo y paisano el contador de navio D. José Gómez Cánovas. Celebraremos su pronto restablecimiento.

A cubrir bajas

Ayer tarde en el tren mixto andaluz que sale de esta á las diez y nueve salieron para Málaga, en donde embarcarán para ir á Melilla con objeto de cubrir bajas en el Ejército de operaciones los ciento cincuenta soldados que fueron sorteados de los regimientos de España y Sevilla que guarnecen esta plaza.

A despedir á estos defensores de la Patria acudió á la estación férrea un numeroso público y al bajar de sus respectivos cuarteles los soldados acompañados por sus compañeros de armas y bandas de música, el pueblo vitoreó á España y su Ejército.

El Excmo. Gobernador Militar de esta plaza, Sr. Ordóñez, el General de brigada Sr. Pérez Ballesteros y numerosas comisiones de todos los cuerpos

del Ejército y Armada de esta plaza despidieron á los soldados en el andén.

Una comisión de damas de la asociación de la Cruz Roja presidida por la señora doña Rafaela Cano, viuda del general Pastor, en la que figura ban Doña Mónica Mullé, viuda de Ortiz, Doña Victoria Arnoz, Doña Josefina Ruiz de Clares, Doña Adriana Pefiañel de Casado, Doña Francisca Fernández y las bellísimas señoritas Anita Anaya y Encarnación Tamayo, repartieron entre los expedicionarios medallas y escapularios que agradecían los soldados y vitoreaban á las damas.

El Ayuntamiento obsequió á los chicos con paquetillos de cigarros y el socorro que tiene acordado.

Al partir el tren las bandas de música tocaron la marcha Real; los vivos se reprodujeron con gran entusiasmo y los soldados desde sus respectivos carruajes daban estruendosas vivas á España, al Ejército y á Cartagena.

Buen viaje y que retornen pronto cubiertos de gloria.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Si esto sigue así no vamos á tener seguras las pantorrillas y nos vamos á ver precisados de colgarnos al hombro.

Los perros participando indudablemente de ese malestar general que por todas partes reina, se acuerdan que para algo más que para comer tienen sus dientes y colmillos y cuando más descuidado anda uno por esas calles y plaza se vé acometido por un can grande ó pequeño que «incrusta» los dientes en donde mejor le parece.

Ayer un perrito que en gran estima tenían sus dueños se enfureció y mordió á toda la familia sin acordarse que casi lo habían amamantado. Y no es esto todo lo peor, sino que alguno de esos animalitos se encuentran en estado de hidrofobia y figúrense ustedes el pánico que reina.

Nada, que si el Alcalde no ordena un reparto general de la morcilla que se confecciona en el Laboratorio Municipal, y que todos los perros que tengan dueños ó «padres» reconocidos lleven el correspondiente bozo, nos vamos á ver obligados á transitar por la población y sus alrededores en aeroplanos ó en automóviles.

Y eso es imposible.

¡Qué bellísima es! ¡Qué encantadora al despuntar la aurora!
El bosque por su reina la proclama.
El agua juguetona moviendo piedrecillas, borda de florecillas el apacible prado,
y el Ruiseñor capote, de admiración huido,
con dulce melodía llena grato el espacio de alegría,
y por colmo, Señora, el sol fulgente viene después á coronar su frente.
Los Robles poderosos, sus brazos gigantescos estendiendo, y con la añosa encina compitiendo, fijan para doctales robustísimos troncos que cubrieron Águilas poderosas que vinieron del África vecina,
y copia inmensa de laurel trajeron.
Así contra la furia bramadora de tempestá indomable la dulce flor en trono incontestable se muestra encantadora,
¿Sabes quién es la flor Reina y Señora? La segunda Isabel.
¿Quién el bosque frondoso y fértil llamo?

El pueblo Castellano.
¿Quién el agua que todo le fecunda?
Tu caridad profunda.
¿Quieres saber quién son los Ruiseñores?
Son los frutos que hallaste Reina mía en el dulce penall de tus amores.
¿Quién será pues el Sol con sus fulgores?
La bendición del cielo soberano, que protegiendo en tí la Patria mía, alumbre alegre en sempiterno día el Lábaro del Pueblo Castellano.

1902.

† Angel de la Cuesta.



SONETO

At eminente poeta D. Antonio Bienert, en la representación de su drama Mendozas y Carvajales.

Bravos y aplausos á tu hermoso drama
Hoy Cartagena con placer ofrece;
Y en verdad que tu genio se mercede
Gloria y honores, bienestar y fama.
Brilla en tu frente la ardorosa llama
Que en los grandes ingenios resplandece,
Y en artística lid se robustece
El vivo fuego que tu mente inflama.
Conmueve y arrebató las pasiones
El sentimiento que tu drama llena
y que dá colorido á tus creaciones;
Y le concede la rapsoda sarena.
Una puesta entre las buenas producciones
Que dieron honra á la española escena.

1870.

† Andrés Soler Galindo.

Redención

Dichosos los que gozais de fortuna los favores y entre plácidos fulgores lo que es smargo endulzais.

Dichoso aquel que huicido por las auras del amor hacia edén embriagado es por hadas conducido.

Dichoso sí, el que libando la gaya flor del placer, es feliz á su entender los idilios despreciando.